



 David Cameo
Franz y Greta

DESTINO

Franz
y Greta

David
Cameo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1295

© David Cameo, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2014
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2014

ISBN: 978-84-233-4814-5
Depósito legal: B. 8.833-2014
Impreso por Artes Gráficas Huertas, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Franz y Greta

Cae una lluvia fina. Franz observa desde el asiento de atrás cómo el limpiaparabrisas barre agua. Parece el reloj de bolsillo de un hipnotizador: zip, zap, zip, zap. Más allá de la zona de barrido, las gotas sobre el cristal despedazan las luces de los otros vehículos detenidos en el atasco. Penetra el amarillo de la tarde a través del techo solar y reverbera sobre la tapicería de cuero claro. Es una luz extraña, legañosa, de invernadero. Dentro del habitáculo suenan amortiguadas las bocinas y se añade a ellas otro ruido rítmico que procede del mismo interior. Al lado de Franz, a su derecha, está Greta en su sillita de seguridad. Balancea alternativamente las piernas y golpea con la punta de sus pequeños zapatos rojos el respaldo del asiento delantero. Está concentrada mordiéndolo y masticando un palito de regaliz, pero no olvida asegurarse de que sus zapatos golpeen el respaldo, toc-toc, toc-toc... De pronto se oye una voz irritada: «¿Quieres estarte quieta de una vez?». Procede del asiento que queda delante de Franz, el del conductor, pero Franz sólo alcanza a ver la parte alta de la cabeza de Úrsula, que se ha vuelto hacia Greta para reconvenirla y en esa posición sus gafas de

sol parecen un gran lazo negro en lo alto de su cabeza —como el de Minnie Mouse, aunque Úrsula no se parece en nada a Minnie—. Esta tarde está de especial mal humor, inquieta, a cada movimiento de su cuerpo hace rechinar el cuero negro de su chaqueta contra el cuero claro del asiento. Golpea el centro del volante para hacer sonar la bocina largamente. No es un sonido de aviso, es de frustración por el atasco; «Mierda», dice. Otros automóviles cercanos hacen sonar también sus bocinas y durante unos segundos parecen una orquesta afinando sus instrumentos. Cuando vuelve la calma se oyen otros dos golpecitos de los zapatos de Greta contra el asiento delantero, toc-toc. Quizá habría sonado otros dos pero Úrsula no da lugar a ello: se vuelve de pronto y le da un manotazo a Greta en la pierna, «Te he dicho que pares ya, niña del demonio.» Greta se lamenta de manera exagerada; el golpe no ha podido hacerle tanto daño pero se frota y lloriquea, sólo para ver si es capaz de sacar completamente de quicio a Úrsula: «Me has arañado con las uñas», dice quejumbrosa. Úrsula luce unas perfectas uñas pintadas de rojo oscuro, el mismo bello color de las manzanas, que Greta aprovecha como pretexto para quejarse cada vez que Úrsula la toca. Así ha conseguido que vestirse por las mañanas para ir al colegio sea un verdadero calvario; tiene que hacerlo ella sola y a su ritmo, porque si Úrsula trata de apresurarla ayudándola, Greta dice que le pincha con las uñas. «No seas embustera —quizá le dice entonces Úrsula—, todavía no te he tocado», y Greta llora amargamente porque Úrsula la ha llamado embustera, una palabra que a Greta le parece malsonante e indigna, así que Úrsu-

la se cuida de no pronunciarla demasiado, lo que a su vez da oportunidad a Greta de mentir con profusión sin que Úrsula se atreva a acusarla de hacerlo.

El coche avanza un poco más, otros dos metros, y se detiene. El inconsciente de Franz decide que es momento de contribuir al contubernio fraternal y pulsa el botón que baja la ventanilla de su portezuela. De inmediato llega nítido el sonido de la calle, entra una ráfaga de aire frío, empieza a llover sobre los botones eléctricos instalados en el reposabrazos. Úrsula ha oído el zumbido del mecanismo y alza de nuevo la voz: «¿Se puede saber qué demonios hacéis ahora?, ¿queréis estaros quietos de una vez?» Franz no se arredra: «Jooo, es que hace calor, y huele mucho a tu perfume...» Lo ha dicho con una voz ridículamente lastimera, propia de un niño mucho más pequeño. Naturalmente no hace calor, es una tarde de sábado de finales de octubre, afuera está lloviendo y el climatizador del coche está programado a 22 grados; en cuanto al perfume, Franz tiene sus propios métodos para sacar de quicio a Úrsula. «Eres un... psicópata —dice ella—, ¿no ves que está lloviendo?, ¿no ves que está diluviando, pedazo de... psicópata?» En realidad cae una simple llovizna que parece desmayarse sobre la calle, pero Úrsula ya ha empezado a exagerar ridículamente cualquier cosa.

Franz le da al botón de cierre de la ventanilla. Tiene el antebrazo mojado y la piel de gallina. Mira a Greta y ella le devuelve la mirada. La niña levanta casi imperceptiblemente las cejas, y eso, en su lenguaje de hermanos, equivale a un guiño de complicidad. De pronto se oyen otros dos golpes de los zapatos rojos so-

bre el respaldo, toc-toc, y Úrsula estalla a voz en grito, «¿Es que queréis volverme loca?», trata de situar la palanca en punto muerto para poder darse la vuelta en el asiento y gritarles mejor a los dos, «¿Es eso lo que queréis, volverme loca?», el coche de delante se mueve, los de atrás empiezan a hacer sonar la bocina con saña, Úrsula tiene que contener su ira para empuñar el cambio y avanzar otros dos metros en el atasco. «Mierda, mierda, mierda», dice. Detrás, Franz y Greta vuelven a mirarse, se están aguantando la risa; Greta se tapa la boca, en el gesto se le cae el palito de regaliz en la alfombrilla, por alguna razón eso hace que a los dos les entre aún más risa. «No os riáis —Úrsula los mira por el retrovisor interior—, ni se os ocurra reiros —dice—, sois unos... niños ricos y... psicópatas»; por el sonido de su voz se nota que tiene los dientes apretados. Greta abre la mano con la que sujetaba el regaliz, manchada de rojo brillante y pringoso; mira a Franz y pone cara de asco sacando la lengua y cruzando los ojos. A Franz se le escapa una pedorreta nasal cuando trata de reprimir la carcajada; a Greta le pasa lo mismo, pero a ella le salen disparadas dos lenguas de moco blanquecino y ambos alcanzan el paroxismo, imposible de reprimir ya. Greta se sorbe la nariz ruidosamente y Úrsula golpea el volante con fuerza, una, dos, tres veces; suenan sus sortijas sobre el plástico que imita madera de raíz pero todo ese ruido no le parece suficiente y vuelve a pulsar la bocina, ya no por el tráfico sino para amonestar más severamente a los dos... psicópatas que lleva detrás. El vehículo de delante avanza, Úrsula arranca y acelera para superar el cruce al que llevan cinco minutos tratando de

llegar. Parece que van a conseguirlo pero el guardia de tráfico con caperuza impermeable hace sonar su silbato. Úrsula hunde el freno y siente un relámpago de satisfacción al hacerlo; el veto del guardia le ha dado ocasión de escarmentar a los psicópatas con la sacudida del frenazo; es una forma de sanción física que a ella no se le hubiera ocurrido jamás sin la ayuda del guardia. Quizá ha encontrado una nueva manera de mantenerlos a raya en el coche, ¿quién podrá acusarla de frenar bruscamente porque se ha cruzado un gato, una paloma, cualquier cosa? Mira a los psicópatas por el retrovisor: han dejado de reír en seco, y Greta tiene una deliciosa expresión de susto en la cara.

«¿Véis lo que pasa cuando uno se porta mal en el coche?», les dice.

Qué broma cruel. Justo ahora que soy un simple guardia de tráfico ataviado con esta capa fosforescente que me equipara al mobiliario urbano, sólo un poco más respetable que el semáforo que parpadea, aparece mi reina de cuero. Ahí está, delante de mí, viéndome húmedo como un sapo bajo este babero relumbrante, sin sexo ni edad ni atributo alguno que pueda suscitar su segunda mirada. Cuán deplorable resultado, qué patética figura debo de componer bajo la llovizna. Tras el parabrisas en vaivén de su automóvil arribo a sus ojos violeta iluminados por esta extraña luz otoñal, y veo sus labios y sus uñas color sangre, afiladas con esmero para hincarse en carne más afortunada que la mía. Ah, si pudiera librarme de esta caperuza ridícula y revelarles mi lobuna condición; me acercaría a ella tal

como soy, hermoso y brutal, con todos los músculos tensos, con los colmillos jóvenes y relucientes. Ay, y si pudiera hablarle... De poco me valió domeñar mi natural para imposter la lengua de los literatos —esos mansos repugnantes con pupas en la piel— si cuando se me alcanza un bocado no puedo arrimar el hocico ni como alimaña feroz ni como joven diplomado en la escuela nocturna municipal. Heme aquí, triste y subalterno, preguntándome qué varón, qué mujer catará esta noche ese cuello blanquísimo, cómo será ese mortal bendecido por Fortuna. ¿Quizá será un dentista de caderas anchas y pequeños ojos porcinos, el mismo patán de torso lampiño que eligió el feo coche que ella conduce, tan grande y tan tétrico y tan caro? Pero no: ha de ser un poderoso lobo de pelo gris el que disfrute de semejante máquina de follar, no hay dentista que pueda permitirse tanto lujo. Mas, atención, ¿son dos niños lo que veo moverse en el asiento de atrás?, ¿acaso mi reina de carmín y cuero es una matrona transfigurada por el sortilegio de algún cirujano? No es posible... Quizá la niña podría ser retoño suyo si hubiera sido precoz concediendo sus favores, pero no ese caballere de desgarbado que no acierta a desenredar el nudo gordiano de sus auriculares. Ni la una ni el otro, informa mi ojo experto. Esos senos no dieron nunca leche pues aún prometen miel en abundancia; y qué miel, amigo mío, casi me alegro de tener que dar ya paso a este feo coche cargado de albricias, y aun diría que me alegro de vestir este sayo luminiscente, pues su holgura me dispensa de mayor vergüenza ante los transeúntes que esperan de mí otras señales.

Adiós pues, princesa canalla que el azar ha dis-

puesto para humillarme. Ahora escapas porque soy yo el que lleva la caperuza; quizá no tendrás tanta suerte la próxima vez que nos encontremos.

No es justo. No lo es... ¿Qué estoy haciendo en mitad de este atasco? Tengo veintitrés años, soy guapa, soy lista, tengo un porvenir brillante... Lo tenía... No: todavía lo tengo: a los veintitrés años una mujer tiene el futuro intacto: casi intacto: en excelente estado. El problema es la maldita palabra. *Prostitución*. Pero no tengo por qué usarla: no soy una prostituta, no he llegado a serlo, nadie puede decirlo, ¿por qué me empeño en darle vueltas a esa palabra? Es absurdo: nunca lo he sido; y aunque lo hubiera sido alguna vez, qué, ni aun así tendría obligación de soportar noche y día a dos niños que me odian. Me odian, me odian. Son unos horribles niños ricos y... psicópatas, como su padre, ese viejo carnero libidinoso. ¿Por qué he asumido que tengo que cuidar de ellos?, ¿por qué me odian, por qué?

Me odian porque saben que miento. Poseen ese infalible olfato infantil. Soy una embustera. Embustera, embustera. Es verdad que es una palabra fea, *embustera*, pero no soy una prostituta, no soy una puta, solo una embustera, como todas las mujeres, ¿no es eso lo que somos?, ¿cómo podría ser la puta de un hombre al que no veo hace meses? Es ridículo: soy una amiga que cuida a sus hijos mientras él está dedicado a sus negocios, eso es todo. Es un hombre muy ocupado, viaja constantemente, nadie pondrá en duda eso. Sin embargo los niños me odian porque saben que mien-

to, saben que no soy una amiga de su padre, saben que lo detesto y que le tengo miedo, como ellos. ¿Por qué le tengo miedo? Es absurdo, sé que no tengo nada que temer de él, es un caballero, siempre ha sido un caballero. Pero estos horribles niños..., ¿por qué tienen que torturarme? He intentado ser una hermana mayor para ellos, no tengo la culpa de lo que les pasa, ¿qué culpa tengo yo?, sólo dejé que el viejo carnero se acercara a mí. Es cierto que le dejé porque es rico, influyente, porque tiene contactos que pueden sacar adelante una carrera como la mía, una carrera de actriz, no de prostituta, nada de eso, sólo soy un poco embustera como todas las mujeres, es ley de vida, hay que atraer a los hombres y ponerlos al servicio de una causa que ellos no entienden, no son más que niños grandes, siempre con sus fantasías, y sin embargo tienen cosas que nosotras necesitamos, que nuestros verdaderos niños necesitan, así que es natural y es bueno que seamos así, esta es la manera en que rueda el mundo, si no fuera por nosotras, si no fuera por nuestras estrategias, el mundo se habría terminado antes de empezar.

Me engaño. Es estúpido convertirse en la madrastra de unos niños que te odian. Las mujeres mienten y maquinan para proteger a hijos que las quieren, no a hijos que no han parido ellas y que además las odian. Eso quizá lo hacen las monjas, no las p... Otra vez esa palabra, ¿por qué? No soy una prostituta, soy una mujer atrapada en una pesadilla, eso es, yo solo quiero tener algún día hijos que me quieran, mis propios hijos que me quieran, ¿es eso tan horrible?

Quizá debería dejar que él me preñara.

A él no le importaría, ya ha preñado a no sé cuántas.

Al menos a las dos madres de estos... psicópatas.

¿Qué clase de mujeres serían?

¿Mujeres jóvenes y hermosas, como yo?

Él se lo puede permitir, desde luego.

Sí, quizá yo también podría conseguir que me preñara y entonces tendría la vida solucionada. Si jugara bien mis cartas podría ser la madre de un niño rico, muy rico. Estudiaría en los mejores colegios y su padre el viejo carnero le abriría todas las puertas, todas, y algún día sería tan poderoso como su padre y entonces la pesadilla sería completa: me estaría dando a mí misma el castigo que merezco, por puta y por embustera. Embustera, embustera.

El frenazo les ha cortado de golpe el ataque de risa. Franz no lleva el cinturón de seguridad ceñido y se ha dado de narices contra el respaldo delantero. Sabe que Úrsula ha frenado así adrede, está seguro, pero sería humillante quejarse ante ella por algo que le duele de verdad. Sólo lamentos fingidos, esa es la consigna, uno no debe revelar al enemigo sus verdaderas debilidades.

Ahora le apetece sumergirse en su pensamiento adulto. Franz llama así a algo que parece estar revelándosele como un paisaje tras la neblina que se disipa: su pensamiento adulto. Es un descubrimiento reciente, tiene el brillo excesivo de un juguete nuevo, apareció casi al mismo tiempo que esa otra sensación que conmovió su cuerpo una tarde en su habitación, en un episodio que constituye su primer secreto ver-

gonzante. No alcanza a comprender qué relación hay entre lo uno y lo otro, pero su coincidencia en el tiempo los emparenta ya de alguna manera. No hay duda de que algo en él está cambiando, se está abriendo camino; alguna vez, en los últimos días, ha imaginado que la parte alta de su frente se está abultando bajo dos cuernecillos que pugnan por emerger, incluso ha adquirido el tic de acariciarse de vez en cuando esa zona, por encima de las sienes, como si quisiera aliviar un picor recurrente. Sí: algo fundamental ha cambiado y Franz es consciente de ello. Su pensamiento adulto ya le ha servido por ejemplo para leer un libro que antes le había resultado ininteligible. Lo había encontrado el curso anterior en la biblioteca del colegio, era uno de los Cien de Linda pero en traducción española, lo tomó del estante y trató de leerlo sin éxito, incapaz de encontrarle sentido. En cambio en un segundo intento reciente, con dificultad y resignándose a que algunos pasajes se le escaparan, había podido con él. Al terminarlo —y mientras lo leía— se dio cuenta de que la lectura lo había perturbado; era un libro extraño que no narraba las aventuras de un superhéroe ni de un niño mago, sino las de un adulto extraviado, torpe, acosado por problemas que él mismo imaginaba. ¿En eso consistía ser adulto, en retorcerse, en conflictos inasequibles a la inteligencia práctica como los que presentaba el libro? Si era así producía miedo, y también curiosidad, o una mezcla difícil de discernir, la excitación de entrever el paisaje del propio futuro extendiéndose hacia una lejanía insondable. Y coincidiendo en las fechas con todo eso, ese otro asunto, esa otra sensación que lo había dejado con las piernas temblando.

Greta está distraída mirando por la ventanilla y Úrsula conduce maldiciendo en silencio. Franz desenreda los auriculares de su reproductor de MP3, quiere hacer un experimento. Aquella tarde en su habitación, hace unas pocas semanas, sonaba una melodía extraña, algo que simplemente estaba en una lista pública de Linda en YouTube. Franz miró el título de aquella pieza, *Preludio a la siesta de un fauno*, el autor era un tal Claude Debussy. Franz buscó en la Wikipedia: la música estaba inspirada en el poema de alguien llamado Stéphane Mallarmé, pero el poema era completamente ininteligible, ni siquiera leído con su pensamiento adulto logró sacar nada en claro de él. La pieza de Debussy, sin embargo, mantenía su magia cada vez que volvía a escucharla tomando la precaución de correr el pestillo de su habitación, y la figura mítica del fauno, del que encontró abundantes ilustraciones en Google Images, había inspirado su idea de los cuernecillos imaginarios brotando de su cabeza, y también había visto ninfas de los bosques, mujeres desnudas que forcejeaban por escapar al asedio de faunos sin querer zafarse del todo. Semanas después aquella melodía de Debussy era ya una campanilla de Pávlov para su joven virilidad, y ahora Franz quiere escuchar esa misma tonada turbia en otro contexto, en el interior del coche iluminado como un invernadero, bajo la fina lluvia que apresura a los transeúntes y complica el atasco. Eso, la simple idea de hacerlo aquí, aquí y ahora, justo detrás de Úrsula, oliendo su perfume, le produce otra vez ese temblor que entorpece sus dedos al tratar de desenredar los auriculares.

Qué extraña, qué excitante emoción.